

**JARIPEO EN LA MIXTECA: UN ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DE UNA
PRÁCTICA RITUAL Y FESTIVA A LA LUZ DE UNA TEORIA DE MODERNIDADES
MÚLTIPLES EN AMÉRICA LATINA**

Emiliano Gómez Izaguirre

Universidad Autónoma Metropolitana

Palabras clave: *Jaripeo, ritual, festividad, modernidades, mixteca, Oaxaca.*

Resumen:

El jaripeo es un espectáculo con una significación ritual y de festividad imprescindible en las celebraciones de comunidades y pueblos de la región mixteca al Sur de México; sin embargo, a pesar de su popularidad y la fuerte identificación que muchos tienen con el jaripeo, en la actualidad su realización se lleva a cabo desde una condición marginal y popular, con un dejo de desprecio por parte de grupos o individuos que desde diferentes lugares de enunciación lo califican como algo “premoderno” o “salvaje”. Partiendo de esta lógica y recuperando una noción de modernidades múltiples, el presente texto trabajo busca analizar al jaripeo desde una perspectiva situada en la región Mixteca de Oaxaca para comprender las rasgos que definen su condición marginal en tanto espectáculo lúdico, festivo y ritual de los pueblos ñuu savi contemporáneos.

Abstract:

The Jaripeo is a show with a festive significance and essential ritual celebrations of communities and peoples of the mixteca region South of Mexico; However, despite its popularity and the strong identification that many have with the Jaripeo, currently its realization is carried out from a condition marginal and popular, with a hint of contempt by groups or individuals that qualify it as something "pre-modern" or "wild" from points of enunciation. Based on this logic and recovering a notion of multiple currencies, this working paper will analyze to the Jaripeo a perspective placed in the Mixtec region of Oaxaca to understand the traits that define its marginal condition as playful, festive and ritual show of contemporary ñuu savi peoples.

Desde mi experiencia como miembro de una comunidad mixteca en el Estado de Oaxaca (perteneciente a la antigua región del pueblo de la lluvia o también conocida como Ñuu savi), he podido constatar desde que tengo uso de razón que en casi todos los pueblos y comunidades de mi región (y de otras regiones del Estado y del país) el jaripeo es una práctica lúdica y festiva imprescindible que se lleva a cabo en un marco de celebraciones cívico-religiosas anuales, donde se involucra de diferentes formas a individuos y colectivos para honrar y/o conmemorar a personajes, eventos o fechas trascendentales tanto cívicas como de la religión.

Como se ha demostrado desde diversas reflexiones sobre la ritualidad y la festividad en México (desde las realizados por Guillermo Bonfil Batalla u Octavio Paz hasta las más reciente de Leonarda Da jandra o Roger Bartra), no sólo en una región como la Ñuu Savi sino en gran parte del país, las diferentes festividades cívico-religiosas tienen o pueden tener de trasfondo un conjunto de prácticas festivas, rituales, o lúdicas, es decir, se han ido creando y recreando en diferentes lapsos y/o espacios un conjunto diverso de actividades que acuerpan la celebración cívica o religiosa de un determinado día o periodo ritual, ejemplo de ello es todo lo que se puede observar en un 2 de noviembre en el centro y sur del país, en un Grito de Dolores el 15 de septiembre, o en una fiesta patronal con motivo de celebrar a X o Y santo católico en diferentes pueblos, barrios y/o comunidades.

De esta forma, no es difícil asegurar que el jaripeo forma parte por igual de ese conjunto heterogéneo y sumamente diverso de prácticas rituales en México, un conjunto donde también se hayan danzas, bailes, músicas, juegos, ferias, carnavales y otras prácticas más que dan cuerpo a las múltiples celebraciones que como mexicanos realizamos anualmente en distintas fechas, sin embargo, más allá de la diversidad y la pluriculturalidad festiva o

ritual en México es necesario mencionar que no todas estas prácticas son reconocidas por igual o no se encuentran en un mismo nivel debido a su significación cultural y/o a la forma en que son percibidas por diferentes actores e instituciones en determinados ámbitos. En este sentido, para el caso del jaripeo, no es difícil encontrar comentarios alusivos a su práctica bajo el señalamiento de ser algo “ranchero” o “una fiesta de salvajes” (Ramírez, 2012: 137) por parte de practicantes y aficionados del toreo o las charreadas, eventos lúdicos o festivos que a su vez son considerados en esos mismos comentarios como un “deporte nacional” o “un arte”, respectivamente.

Esta situación no solamente se limita a la cuestión discursiva, y en el caso de la región Ñuu savi o Mixteca, específicamente en la zona en que se inscribe el Municipio de Huajuapán, es empíricamente notable que la realización de los jaripeos se traduce en algo bastante marginal y/o ajeno a las autoridades e instituciones del Estado encargadas de promover la “cultura” en la región, así como de determinados sectores de la sociedad en la Mixteca, sin embargo y a pesar de tener estos y otros factores en su contra, he notado desde que los pueblos, barrios y comunidades originarios de la zona, al margen la mayor de las veces de las instituciones oficiales y de sus políticas culturales, han llevado a cabo desde mucho tiempo atrás y de forma ininterrumpida la práctica del jaripeo tanto en celebraciones seculares como en religiosas de todo el año.

Todo esto nos habla de un fenómeno de significación o representación que es producto de posiciones sociales, políticas y culturales bastante distanciadas entorno a una práctica cultural específica, algo que a mi parecer se debe a las formas tan diversas en que los múltiples sujetos de la región Ñuu savi hemos entendido o asimilado las ideas y los proyectos de “modernidad” y de “modernización” durante mucho tiempo.

Con base en esto último, creo pertinente traer a colación algunos de elementos que reúnen Lidia Girola y Margarita Olvera en el libro “*Modernidades. Narrativas, mitos e imaginarios*” (2007), un texto donde un conjunto de autores iberoamericanos logran definir un marco de estudio de la modernidad bastante amplio pero muy bien delimitado sobre la base de una teoría de modernidades múltiples que a mi parecer es posible adaptar a un terreno aparentemente inexplorado como lo es el jaripeo y su contexto en la Ñuu savi.

Según Shmuel Eisenstadt, uno de los forjadores de la teoría de las modernidades múltiples (de donde parten Girola, Olvera y compañía) las sociedades modernas ya no se pueden ver de forma antagonica y/o contraria a las sociedades tradicionales:

...la mayor parte de las sociedades están, para bien o para mal, entrelazadas con las modernidades, rumbo a la modernidad. Sin embargo, estas modernidades no son iguales, sino diferentes, por ser el producto de complejos encuentros entre la apropiación variable de los programas políticos e institucionales de la modernidad y su continua reinterpretación a la luz de diversas tradiciones, crisis y rupturas. (Eisenstadt, 2013: 153)

Lo teoría de Eisenstadt nos lleva a inducir que en México, aun cuando es bastante vigente la idea de que dentro de su territorio no existen una sino varias sociedades, como lo demuestran Bonfil Batalla o Carlos Montemayor entre otros estudiosos más, los pobladores de nuestro país nunca se han encontrado en conflicto con la idea de modernidad, sino más bien han sido relegados o sometidos a los diferentes procesos de modernización en que se han traducido los programas políticos e institucionales a los que refiere Eisenstadt y que para el caso de México y América latina, Girola logra rastrearlos desde las luchas de

independencia en América latina (Girola, 2007: 67) , aunque también tal vez podrían encontrarse mucho antes desde tiempos de la Colonia cuando, según Anibal Quijano, la inteligencia latinoamericana estaba conectada con las corrientes más avanzadas del pensamiento moderno (Girola, 2007: 81).

Haciendo un breve resumen, en México, al igual que en el resto de Latinoamérica, la modernidad no fue algo concebido o asimilado en términos de un proyecto histórico propio o como algo que se debería generar desde nuestras condiciones históricas y sociales como mexicanos o latinoamericanos. En nuestro caso, a partir de los diferentes procesos coloniales y revolucionarios del siglo XVIII y del siglo XIX, el proyecto de “modernizarnos” (seguir un proceso de civilización o desarrollo comparable a Europa o Estados Unidos) fue ganando terreno sobre la necesidad de reconocer nuestras condiciones políticas, económicas, sociales o culturales como la clave para lograr una “modernidad auténticamente latinoamericana”.

Sintetizando aún más, la “modernización” se tradujo en un conjunto de procesos que tomaron a Europa y a Estados Unidos como un modelo a seguir y como un parámetro desde donde podíamos identificar nuestro nivel de desarrollo o nuestra cercanía con lo “moderno”. De esta forma, lo que en diferentes épocas se ha llegado a concebir como resabios de un pasado “salvaje” o “incivilizado” ha llegado al punto de ser objeto de odio, desprecio o incluso exterminio por parte de determinados actores o instituciones tanto del Estado como de la propia sociedad latinoamericana, sin embargo y a pesar de todo, aun en tiempos de la llamada globalización y tal como los teóricos de la dependencia lo llegaron a deducir (Girola, 2007: 75-78), las grandes utopías del desarrollo y la modernización han terminado quedándose solamente en eso: una utopía. Hasta la fecha, Los países

latinoamericanos siguen estando en una condición periférica frente a los países centrales de Europa y Estados Unidos, y aun cuando la globalización ha incrementado los flujos culturales del centro a la periferia, en nuestro país y en casi todo Latinoamérica se siguen manteniendo prácticas culturales iguales o muy similares a las de uno o más siglos atrás, las celebraciones seculares y religiosas de nuestro país dan muestra de ello y el jaripeo aún con sus múltiples matices, pienso, también lo logra ejemplificar.

Permitiéndome usar la metáfora del Axolote de Roger Bartra, el jaripeo se ha mantenido desde su creación hace ya más de dos siglos (muy seguramente en la época de la Colonia o en vísperas de la Independencia) en un estado ni totalmente moderno ni totalmente primitivo, podríamos decir que esta práctica se encuentra en ese ámbito donde según Bartra existen dos tipos de México: uno que es rural, marginal, indígena y atrasado y el otro que es moderno y urbano, industrializado y mestizo (Bartra, 2005: 27).

Caracterizando un poco más esta práctica podemos decir que el jaripeo es básicamente un evento lúdico y festivo basado en el jineteo de ganado mayor, especialmente bovinos, y así como se relata en diferentes documentos históricos como el Diario de Batalla de Vicente Guerrero a inicios del siglo XIX, su realización sigue teniendo a la fecha muchas de las características principales con que posiblemente se creó a pesar de que en tiempos recientes se le han añadido diversos elementos que bien podríamos tildar de “modernos”, un ejemplo de esto es el uso del “cajón” al momento de jinetear los toros: Es de recordarse por muchos aficionados y practicantes del jaripeo, que hasta inicios de los 90’ s, los toros tenían que ser tirados y amarrados en el centro del corral para poder ser jineteados, todo eso cambió cuando algunos ganaderos notaron que en el rodeo norteamericano se usaban grandes cajas metálicas donde se insertaba a los bovinos para así facilitar su monta; de esta forma, al

aparecer el “cajón” en los corrales de jaripeo, la costumbre de tirar los toros feneció y desde entonces la práctica jaripera empezó a emular en muchos aspectos al rodeo norteamericano, sin embargo, con todo y estas modificaciones o agregados, la práctica del jaripeo no ha llegado al punto de convertirse en una calca fiel del rodeo norteamericano o de otras prácticas taurinas en Occidente, y es que como menciona la antropóloga michoacana, Ana Cristina Ramírez: “La promesa del jaripeo como espectáculo es entregar al público una dosis concentrada de emoción simple y llana, sin las codificaciones estilísticas de la corrida andaluza moderna” (Ramírez, 2012:137)

En este punto es pertinente mencionar que contra lo que mucha “gente de a pie” piensa del jaripeo (que es una derivación del rodeo norteamericano), tanto la charreada mexicana como el rodeo en Estados Unidos son en realidad derivaciones del jaripeo que se fueron desarrollando desde el siglo XIX en las zonas urbanas de México y en lo que ahora conforma el sur de Estados Unidos, esto se ha demostrado en diferentes investigaciones históricas que son citadas tanto en una página como Wikipedia como por diferentes estudiosos de la charrería (Chávez Gómez, 1991; Ramírez, 2012). Cabe mencionar así mismo que en este punto de las derivaciones, es donde sin duda alguna se inicia la inflexión en que se centra nuestro siguiente análisis, una inflexión que marca la bifurcación entre lo que algunos sujetos denominarán “lo moderno” en oposición a lo “viejo” o “tradicional”.

Saliéndome del tema del rodeo norteamericano, Ana Cristina Ramírez (2012) hace un recuento amplio de la historia de la Charrería especificando el caso de las charreadas en Morelia y en la región occidental de México. La autora menciona en un apartado de su texto *El juego del valor* un proceso histórico que a mi parecer es trascendental para nuestro

tema de investigación, ya que desde mi condición como Mixteco, no difiere mucho de la historia que se narra en nuestra región:

En México, en la segunda década del XX aparecen "jaripeos modernos", los cuales pretenden ser una alternativa —"apta para todo público"— a las corridas de toros e incluso a los "jaripeos rancheros", espectáculo juzgado vulgar, de mal gusto, por una parte de la población urbana... Estos jaripeos modernos fueron realizados por charros profesionales afiliados a diversos "clubes nacionalistas" o asociaciones charras de los que ya existían entonces... pero a muchos jóvenes miembros de las asociaciones de charros de los años cincuenta y sesenta, jaripeo ya les parecía un nombre "demasiado ranchero", extraño a su contexto urbano y deportivo. Eventualmente se preferían las designaciones como "fiesta charra" o "festival charro". Dieron en llamarle charreada a su evento competitivo que, frente a jaripeo, es de cuño bastante nuevo y significación sumamente acotada. (Ramírez, 2012: 134)

Aunque es debatible la tesis de que el término "charreada" es más acotada que el término "jaripeo" (sobre todo porque la idea de jaripeo ya refería a una práctica específica de comunidades rurales y campesinas donde el único objetivo radica en montar bovinos o equinos con el único fin de aguantar sus reparos), es indiscutible que ya existe desde inicios del siglo XX una diferenciación clara entre los que llevan a cabo el jaripeo y aquellos que organizan y practican la charrería. Estas diferenciaciones siguen así desde aquellos años y llegan hasta el día de hoy incluso en el ámbito de los artistas populares quienes han llegado al punto de reivindicar la práctica cultural con la que se sienten más identificados, tal como el caso de Joan Sebastian, a quien se le ha dado el sobrenombre de "Rey del jaripeo" en el ámbito de la música grupera:

Antes que nada, quiero subrayar mi respeto por Antonio Aguilar, que es toda una institución. Creo que fue un maestro en su elemento, que es la charrería (...) Sin embargo, entre ambos el único denominador común es que tanto él como yo amamos nuestras correspondientes carreras; que tanto él como yo utilizamos caballos para ofrecer un espectáculo atractivo a la gente. Por lo demás, no hay similitud porque lo suyo es charrería y lo mío es jaripeo, que es netamente un estilo campirano. (Ramírez, 2012: 145)

Como se logra ver, las diferenciaciones antagónicas entre charreada y jaripeo llegan bastante lejos incluso en ambitos como la farándula, así también, algo destacable en una de las citas anteriores es que el término “moderno” emerge súbitamente en el siglo XX no sólo como un vocablo rimbombante sino como una palabra que en el imaginario social (especialmente entre la población de zonas urbanas) logra diferenciar “lo nuevo” o “lo civilizado” de aquello a lo que muchos refieren como “antiguo” o “vulgar”, sin embargo, es notable también que aun cuando las referencias al jaripeo pueden ser despectivas o lacerantes desde quienes practican la charrería, los actores involucrados o relacionados a la práctica jaripera como Joan Sebastian, entre otros más (Ramírez, 2012: 144), las asumen con un sentido inflexivo que logra reivindicar lo popular y lo marginal en México, algo que desde la teoría de las modernidades múltiples, se puede adjudicar a que ningún proyecto de modernización en América Latina (o incluso en países primermundistas) ha llegado a materializarse en algo homogéneo o univoco que pueda limitar o circunscribir lo social o lo cultural en una sola significación.

Siguiendo el hilo del debate sobre “lo moderno” y volviendo a los planteamientos de Girola y compañía, resulta enriquecedor para mi tema de investigación las aportaciones hechas

por varios autores latinoamericanos como Casanova, Calderón, Quijano, Hopenhayn o Vega (Girola, 2007: 84-87) y más posteriormente Ortiz, Brunner o García Canclini (Girola, 2007: 87-94), quienes reafirman que aun cuando los proyectos de modernización occidental en América latina han determinado gran parte de nuestra historia, estos planes se han quedado cortos o trancos por las diferencias históricas de Latinoamérica con el resto del mundo, y es que de acuerdo al espacio histórico o geográfico al que nos refiramos son también las características que tuvieron (o que tienen) los diferentes procesos de modernización, dicho en otra forma, ninguno de estos procesos se desarrolló por igual en zonas urbanas o centrales como en zonas rurales o aisladas en nuestro continente. Dicho sea para el caso mexicano, no es casual que el movimiento zapatista se haya originado en el Estado con la mayor riqueza natural pero con los niveles de desarrollo más bajos de todo el país o que el problema de la narco-violencia tenga lugar en estados o zonas con altos grados de desarrollo y con una fuerte comunicación al extranjero, especialmente a Estados Unidos o a países del pacífico y del atlántico mediante rutas marítimas.

De la misma forma y aterrizando la reflexión en mi tema de investigación, tampoco puede ser casual que el jaripeo se desarrolle en una región como la Ñuu savi, donde la marginalidad y la pobreza han persistido de forma abrumadora hasta el día de hoy después de haber sido un centro económico importantísimo en tiempos de la Nueva España (sobre todo por la alta producción de ganado bovino y caprino) y donde además, los procesos de modernización se arraigaron con fuerza en centros urbanos como Huajuapán o Teposcolula mientras que las comunidades mixtecas de las periferias siguieron viviendo hasta el siglo XX en condiciones no muy diferentes a las del siglo XVII (Steffen, 2001:9), incluyéndose

en ello un fuerte arraigo a las tradiciones mixtecas más antiguas en un claro sincretismo con la religión católica.

En una breve y tal vez muy parcial conclusión, la teoría de las modernidades múltiples nos abre un abanico de vertientes para entender y analizar las diferentes realidades de Latinoamérica bajo el entendido de que lo moderno en sus múltiples acepciones, no se ha desarrollado ni en lo teórico ni en lo práctico de forma unívoca y homogénea, y aunque este marco de estudio puede llevarnos a fetichizar lo particular o lo local en nuestro objeto de estudio (Girola, 2007: 95) dejando de lado los aspectos que nos vinculan a lo macro o universal, resultan de suma validez las aportaciones que desde el pensamiento latinoamericano se han dado al respecto, ya que nos encaminan a ver y analizar lo que se ha venido desarrollando históricamente de México hasta Argentina desde la palabra y la mirada de quienes han vivido y sentido en carne propia las consecuencias o los resultados de esa historia iniciada hace ya varios siglos. Llegado a este punto reconozco que tal vez no he percibido aun lo problemático de desarrollar mi investigación bajo este marco teórico porque aún me falta caracterizar más mi objeto de estudio, sin embargo, tampoco puedo negar que he podido identificar y sentir representado mi tema de investigación en la palabra y el pensamiento de este conjunto de teóricos latinoamericanos a los que refiere de forma continua Lidia Girola y compañía.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, Roger, 2005, La jaula de la melancolía, México, Editorial De Bolsillo.

Bonfil Batalla, Guillermo, 1989, México profundo, México, Editorial Grijalbo.

Chávez Gómez, Octavio, 1991, La charrería: Tradición mexicana, Toluca, Instituto Mexiquense de la Cultura.

Eisenstadt, Shmuel, 2013, “América Latina y el problema de las múltiples modernidades”. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, núm. 218, México.

Girola, Lidia y Margarita Olvera, 2007, Modernidades: Narrativas, mitos e imaginarios, México, Editorial Anthropos.

Montemayor, Carlos, 2000, Los Pueblos indios de México hoy, México, Editorial Grijalbo.

Ramírez, Ana Cristina, 2012, El juego del Valor: Varones, mujeres y bestias en la charrería, Madrid, Editorial Académica Española.

Steffen, Christina, 2001, Los comerciantes de Huajuapán de León, Oaxaca, 1920-1980, México, Plaza y Valdez Editores.